PERSONAS.

FELIPE II, Rey de España.
ISABEL DE VALOIS, su esposa.
EL PRÍNCIPE CÁRLOS.
ALEJANDRO FARNESIO, Príncipe de Parma, sobrino del Rey.
LA INFANTA CLARA-EUGENIA, niña de 3 años.
LA DUQUESA DE OLIVARES, gran dama de la córte.
LA MARQUESA DE MONDÉJAR. } Damas de la Reina.
LA PRINCESA DE ÉBOLI. . . . }
LA CONDESA DE FUENTES. . . }
EL MARQUÉS DE POSA, caballero de Malta. } Grandes de España.
EL DUQUE DE ALBA. . . . . }
EL CONDE DE LERMA. . . . . }
EL DUQUE DE FÉRIA. . . . . }
EL DUQUE DE MEDINASIDONIA. . . . . }
D. RAMON DE TAXIS. . . . . }
DOMINGO, confesor.
EL GRAN INQUISIDOR del Reino.
EL PRIOR de una Cartuja.
UN PAJE de la Reina.
D. LUIS MERCADO, médico de la Reina.

DAMAS, GRANDES DE ESPAÑA, PAJES, OFICIALES y otras personas que no hablan.

FONDO SALVADOR TOSCANO

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

El jardin del palacio de Aranjuez.

CARLOS.—DOMINGO.

DOMINGO.

PASARON los hermosos dias de Aranjuez, y Vuestra Alteza va á dejarnos sin haber recobrado su alegría. De modo que en vano habremos permanecido aquí. Romped vuestro enigmático silencio, abrid vuestro corazon, Príncipe, al corazon de un padre. Pagaria el Rey al más alto precio la felicidad de su hijo, la felicidad de su hijo único. *(Cárlos silencioso fija la vista en el suelo.)* ¿Puede existir por ventura algun deseo cuya realizacion niegue el cielo al más querido de sus hijos? Junto á vos me hallaba, junto á los muros de Toledo, cuando el altivo Cárlos recibió el homenaje de los príncipes que se apresuraban á besarle la mano, y en una sola genuflexion, en una sola, seis reinos se postraban á sus plantas. Allí estaba yo, y vi colorearse su rostro de legítimo orgullo, y alzarse su pecho henchido de magnánimas resoluciones, y tender su mirada ébria y ra-

diante de gozo á los congregados; Príncipe, aquella mirada decia: veo colmados mis deseos. *(Cárlos vuelve la cabeza.)* El grave y solemne pesar que se lee en vuestro semblante, de ocho meses acá, este enigma para toda la córte, este motivo de angustia para el reino, costó ya al Rey algunas noches penosas, y muchas lágrimas á vuestra madre.

CARLOS. — (*Volviéndose rápidamente.*) Mi madre ¡oh Dios! haz que yo perdone al que me la dió por madre.

DOMINGO. — Príncipe...

CARLOS. — (*Reponiéndose y pasando la mano por la frente.*) He sido muy desgraciado con mis diferentes madres, capellan. Mi primer acto, al abrir los ojos á la luz, fué dar la muerte á la que me habia dado el ser.

DOMINGO. — ¿Es posible, Príncipe, que la conciencia os reproche semejante accidente?

CARLOS. — Y mi segunda madre ¿no me ha arrebatado despues el amor de mi padre? Apenas me amaba, y mi único mérito consistia en ser su único hijo... ella, le da otro, ¡oh! ¡quién sabe lo que se prepara en los lejanos espacios del tiempo!

DOMINGO. — Acaso os chanceais, Príncipe... España entera idolatra á su soberana, ¿y sólo vos osariais mirarla con ojos de hiena, y sólo la desconfianza inspirará su aspecto á vuestro corazon? ¿Cómo, príncipe? la mujer más bella de este mundo, una reina, ayer vuestra prometida, imposible, Príncipe, increible, nunca. Donde todos hallan motivo de adoracion, ¿hallaria el Príncipe motivo de aborrecimiento?... Cuidad, Alteza, de que jamas advierta ella que desagrada á su hijo, porque esta noticia la afligiria.

CARLOS. — ¿Lo creeis así?

DOMINGO. — Sin duda V. A. recuerda todavía el torneo de Zaragoza, donde nuestro soberano fué herido de un bote de lanza. La Reina presenciaba el combate desde un balcon de palacio, sentada entre sus damas...

Súbitamente se oyó gritar: *El Rey está herido...* Todos corren en tropel... un murmullo confuso llega á oidos de la Reina. — ¡La sangre del Príncipe! — exclama — é intenta arrojarse de lo alto del balcon. — No, — le responden. — ¡es el Rey!... Entonces, — dice ella serenándose, — que llamen á los médicos. (*Pausa.*) ¿Quedais pensativo?

CARLOS. — Me sorprende descubrir en el confesor del Rey tanta ligereza, y oir de su boca el relato de tan ingeniosas historias. (*Con acento grave y sombrío.*) Siempre oí decir, sin embargo, que los que espian los actos ajenos y refieren lo que ven, han causado al mundo mayor número de males, que el veneno y el puñal en manos del asesino. Podeis ahorraros este trabajo... Si esperais las gracias, acudid al Rey.

DOMINGO. — Obrais, Alteza, perfectameute mostrándoos circunspecto con los hombres, pero aprended á distinguir entre ellos y no rechaceis al amigo con el hipócrita; con respecto á vos, la más sana intencion me guia.

CARLOS. — En tal caso, que no la observe mi padre, pues de otro modo ¿qué seria de vuestro cardenalato?

DOMINGO. — ¡Cómo!... ¿qué quereis decirme?

CARLOS. — ¡Qué!.,. ¿No os ha prometido el primer birrete cuya provision corresponda á España?

DOMINGO. — Príncipe, ¿os burlais de mí?

CARLOS. — Dios me libre de burlarme del hombre que puede, á voluntad, condenar ó prometer la salvacion á mi padre.

DOMINGO. — No intentaré, Príncipe, penetrar el augusto secreto de vuestra pena, más sí ruego á V. A. que advierta que la Iglesia ofrece á las conciencias perturbadas asilo inviolable, áun para los mismos reyes, y donde los crímenes quedan sepultados bajo el sello del sacramento. Sabeis ya cuál es mi intencion, y bastante he dicho.

CARLOS. — No, lejos de mí la idea de exponer al depositario á semejante tentacion.

DOMINGO. — Príncipe, esta desconfianza... Desconoceis á vuestro más fiel servidor.

CARLOS. — Pues bien; no os ocupeis más de mí. Sois un santo varon, el mundo lo sabe; pero si he de hablar con franqueza, me pareceis muy agobiado de trabajo. Para llegar al solio pontificio, vuestro camino es muy largo, reverendo padre, y la mucha ciencia podria seros embarazosa. Decídselo al Rey, que os envia aquí.

DOMINGO. — ¿Qué me envia aquí?

CARLOS. — Lo he dicho ya. ¡Oh! harto sé que la traicion me sigue en la córte; sé que cien ojos están pagados para observarme; sé que el rey Felipe vendería su hijo único al último de sus criados; que cada sílaba que se sorprende en mis labios es pagada á mayor precio del que obtuvo nunca una noble accion;

sé... ¡silencio!... ni una palabra más. Mi corazon ansía explayarse y harto he dicho ya.

DOMINGO. — El Rey ha decidido estar de vuelta en Madrid antes de esta misma noche, y ya la córte se reune... Tengo el honor, Príncipe...

CARLOS. — Bien; ya os sigo. (*Domingo sale despues de un momento de silencio.*) — Padre digno de piedad, ¡cuán digno de piedad es tu hijo! Tu corazon mana sangre, mordido por envenenada sospecha... Tu desdichada curiosidad te precipita en busca del terrible descubrimiento, y cuando lo conozcas, te revolverás furioso contra él.

ESCENA II.

CÁRLOS.—El MARQUÉS DE POSA.

CARLOS. — ¿Quién llega?... ¡Que veo! ¡Oh! mi buena suerte... mi Rodrigo...

MARQUES. — ¡Mi Cárlos!

CARLOS. — ¿Es posible?... ¿es verdad?... ¿eres tú?... ¡Oh! sí; eres tú. Te oprimo contra mi pecho, y siento palpitar el tuyo con fuerza... Desde ahora va á renacer la dicha, mi alma enferma halla su curacion en este abrazo... Descanso, al fin, en los brazos de mi Rodrigo...

MARQUES. — ¡Enferma!... ¿enferma vuestra alma?... ¿Qué dicha es la que renace... qué desventura la que cesa?... Me sorprende vuestro lenguaje...

CARLOS. — ¿Y quién te trae de Bruselas, en momento tan inesperado?... ¿Á quién debo esta sorpresa... á quién? vuelvo á preguntar... Perdóname, Providencia divina, perdona esa blasfemia á la embriaguez de mi júbilo... Pues, ¿á quién puedo deberlo, sino á tí? ¡Dios de bondad! Sabias que faltaba á Cárlos un ángel y le envias éste, y pregunto todavía.

MARQUES. — Perdon á mi vez, querido Príncipe, si respondo consternado á tan ardientes arrebatos. No esperaba hallar así al hijo de Felipe; extraño rubor inflama vuestras mejilla;... febril movimiento agita vuestros labios. No veo en vos al mancebo de corazon de leon, al cual me envia un pueblo oprimido pero heroico; porque no es Rodrlgo quien veis aquí, no es el compañero de infancia de Cárlos, sino el diputado de la humanidad entera, quien os oprime entre sus brazos, y las provincias de Flandes lloran sobre vuestro pecho, y os conjuran solemnemente para que las liberteis. ¡Ay de esta querida comarca si Alba, el atroz verdugo al servicio del fanatismo, se presenta ante Bruselas armado de las leyes españolas! En el glorioso nieto de Cárlos quinto se funda la última esperanza de estos nobles países; sucumbirán, si su corazon generoso ha cesado de latir por la humanidad.

CARLOS. — Pues sucumbirán.

MARQUES. — Desdichado de mí... ¿qué es lo que oigo?

CARLOS. — Hablas de tiempos harto lejanos. Tambien mi fantasía se fingió un Cárlos, cuyo rostro se inflamara al nombre de libertad... pero duerme sepultado, hace mucho tiempo. No ves en tu presencia al que se despidió de tí en Alcalá, que en su dulce embriaguez esperó ser de España el creador de una nueva edad de oro... ¡Ah! pensamientos de niño, pero ¡cuán divinos!... Estos sueños han pasado...

MARQUES. — ¿Estos sueños, Príncipe?... ¿No eran más que sueños?...

CARLOS. — Déjame llorar, déjame derramar sobre tu corazon lágrimas ardientes... ¡Oh! mi único amigo... á nadie poseo en este vasto mundo, á nadie, á nadie... Por lejos que extiendan sus fronteras los dominios de mi padre, por lejos que lleven nuestras naves sus pabellones, no existe para mí un sitio, uno solo, sino éste, donde pueda dar rienda suelta á mis lágrimas.

¡Oh Rodrigo!... Por cuanto esperamos alcanzar un dia en el cielo, no me alejes de tu lado. (*El Marques se inclina hácia él, con muda emocion.*) Figúrate que soy un huérfano que recogiste al pié del trono, llevado de la compasion... Ignoro qué sea un padre: soy un hijo de rey. ¡Ah!... Si es verdad, como me lo dice mi corazon, que para comprenderme te hallaste entre millones de hombres; si es verdad que la naturaleza ha reproducido en mí tu semejante, y que en la aurora de la vida las fibras delicadas de nuestras almas se movieron al mismo impulso; si una lágrima que me alivia, es para tí más preciosa que el favor de mi padre...

MARQUES. — ¡Oh!... más que el mundo entero...

CARLOS. — Tanto he descendido, tan miserable es ahora mi condicion, que he de recordarte los primeros años de mi infancia y la deuda por mucho tiempo olvidada que contrajiste conmigo cuando vestias la blusa de marinero. Cuando fraternalmente unidos, sentimos crecer al par nuestra impetuosa naturaleza, otra pena no tenia que la de ver mi talento eclipsado por el tuyo. Por fin, decidí amarte sin medida, no sintiéndome con fuerzas para igualarte. Te importuné, primero, con mis caricias y mi afecto de hermano: tu corazon altivo las recibia con frialdad. ¡Cuantas veces, sin que tú lo advirtieras jamas, veia, junto á tí y con gruesas y ardientes lágrimas, como abrazabas á otros niños de condicion inferior! — ¿Por qué sólo á ellos? — ¡exclamaba yo con tristeza!... ¿No siento yo la misma afeccion?... Pero tú, tú te postrabas de hinojos con fria gravedad delante de mí, y decias: Esto se debe al hijo del Rey.

MARQUES. — ¡Oh, Príncipe!... haced punto á estos relatos de la infancia que me llenan de confusion.

CARLOS. — No habia merecido esto de tí; podias despreciar, rasgar mi corazon, pero no alejarle de tí. Tres veces rechazaste al Príncipe, y otras tantas acudió á

implorar tu afecto y te forzó á aceptar el suyo. Logró un accidente, lo que Cárlos no habia logrado... Ocurrió un dia en nuestros juegos, que tu volante dió en el ojo de la Reina de Bohemia mi tia, y como ella creyera que el golpe habia sido premeditado, quejóse al Rey, deshecha en lágrimas. Todos los jóvenes de Palacio fueron obligados á comparecer para denunciar al culpable, á quien el Rey queria imponer ejemplar castigo, aunque fuera su propio hijo. Yo te ví temblando en un rincon, y entonces me adelanté, y me arrojé á los piés del Rey... Yo soy, yo soy el culpable... véngate en tu hijo.

MARQUES. — ¡ Ah, Príncipe ! ¿ qué me recordais ?

CARLOS. — El Rey cumplió su palabra en presencia de la córte, hondamente movida á compasion; su Cárlos fué castigado como un esclavo. Te miraba y no lloraba ;... rechinaban mis dientes de dolor, pero no lloraba; corria mi sangre real, vergonzosamente vertida á fuerza de impíos azotes, pero no lloraba. En esto, te acercas sollozando; te arrojas á mis piés... ¡ Sí, exclamas, venciste mi orgullo !... yo te recompensaré cuando serás rey.

MARQUES. — Y lo haré, Cárlos. (*Le tiende la mano.*) El hombre renueva el juramento del niño, y lo cumpliré; quizás ha llegado la hora.

CARLOS. — Ahora, ahora; no se ha hecho esperar: ha llegado ya, ha llegado el tiempo en que puedes pagar tu deuda. Necesito una viva afeccion; horrible secreto devora mi alma, y es fuerza aliviarme de él... Quiero leer mi sentencia de muerte en tu pálido semblante... Escucha... tiembla... mas no pronuncies una sola palabra... ¡ Amo á mi madre !

MARQUES. — ¡ Oh, Dios mio !

CARLOS. — No; no quiero contemplaciones. Habla: dí que no existe una desgracia mayor en el ancho mundo... habla... adivino cuánto puedes decir... El

hijo ama á su madre; los principios sociales, el órden de la naturaleza, las leyes de Roma, todo condena esta pasion. Mis deseos lastiman hondamente los derechos de mi padre, lo siento... pero amo. Esta senda sólo conduce á la locura ó al cadalso... amo... amo sin esperanza, criminalmente, con las angustias de la muerte, á riesgo de mi vida; lo veo, pero amo.

MARQUES. — ¿ Conoce la Reina esta pasion ?

CARLOS. — ¿ Podia descubrírsela ? Es la esposa de Felipe, es la Reina y nos hallamos en España... Vigilada por los celos de mi padre, cercada por el ceremonial de Palacio, ¿ cómo aproximarme á ella sin testigos ? Ocho meses han trascurrido, ocho meses de infernales angustias, desde el dia en que el Rey me llamó aquí, y me veo condenado á verla diariamente, mudo como un sepulcro. Durante estos ocho meses de infierno, Rodrigo, desde que este fuego devora mi alma, mil veces el terrible secreto vagó por mis labios, y el terror y la vergüenza lo han sepultado en mi corazon. ¡ Ah, Rodrigo !... Un instante... sólo un instante con ella.

MARQUES. — ¿ Y vuestro padre, Príncipe ?

CARLOS. — ¡ Desdichado ! ¿ Por qué me lo recuerdas ? Háblame de todos los terrores de la conciencia, pero no me hables de mi padre.

MARQUES. — ¿ Le aborreceis ?

CARLOS. — No... oh, no; no aborrezco á mi padre, pero el terror y la ansiedad del delincuente se apoderan de mí al oir este nombre !.. No es mia la culpa, si mi educacion de esclavo sofocó en mi pecho el dulce gérmen del amor. Seis años contaba cuando se ofreció á mis ojos, por vez primera, el hombre temible que llaman mi padre. Era una mañana en que acababa de firmar, una tras otra, cuatro sentencias de muerte. Desde aquel dia, sólo volvia á verle siempre que me anunciaban el castigo de algunos delitos... ¡ oh, Dios mio !... Mi lenguaje amarga; dejemos este asunto.

MARQUES. — No, Príncipe; forzoso es que ahora me abrais vuestro corazon; las palabras alivian el ánimo gravemente oprimido...

CARLOS. — ¡ Cuántas veces, luchando conmigo mismo mientras mis guardias dormian, caí de hinojos y bañado en lágrimas ante la imágen de la Vírgen !... Suplicábala que me infundiera el amor filial, pero me levantaba sin haber sido oido... ¡ Ah, Rodrigo ! explícame este raro enigma de la Providencia: ¿ Por qué entre mil, me concedió este padre ? y á él ¿ por qué le dió éste, entre mil hijos mejores ? No formó la naturaleza dos séres más incompatibles. ¿ Como pudo unir esos dos puntos extremos de la raza humana, él y yo ? ¿ Cómo pudo imponernos tan sagrado lazo ? ¡ Suerte espantosa ! ¿ por qué ha acaecido esto ? ¿ Por qué dos hombres que se evitan sin cesar, se encuentran con horror impulsados por el mismo deseo ? Hé aquí, dos astros enemigos que en la carrera del tiempo chocan una sola vez en su curso, se rompen en pedazos y se alejan uno de otro por toda la eternidad.

MARQUES. — Presiento un instante desastroso.

CARLOS. — Tambien yo. Como las furias del abismo, me persiguen espantables sueños, y mi espíritu lucha en el seno de la duda con proyectos horribles. El fatal poder de la cavilacion me conduce por un laberinto de sofismas, hasta que al fin detiene mis pasos, al borde del abismo entreabierto. ¡ Oh, Rodrigo !... si un dia olvidase que era mi padre, Rodrigo... la palidez mortal de tu rostro me anuncia que me comprendes... si llegase á olvidar que era mi padre, qué seria el Rey para mí ?

MARQUES. — (*Despues de un momento de silencio.*) ¿ Osaré dirigir una súplica á mi Cárlos ? Cualquiera que sea vuestro propósito, prometedme que nada realizareis sin vuestro amigo... ¿ Me lo prometeis ?

CARLOS. — Cuanto tu amistad me exija; me arrojo sin reserva en tus brazos.

MARQUES. — Dicen que el Rey vuelve á la capital; en Aranjuez podreis hablar á la Reina, si tal es vuestro deseo. La tranquilidad del sitio, y la mayor libertad que en el campo se goza, lo favorecen.

CARLOS. — Esta era tambien mi esperanza, pero por desgracia ha salido fallida.

MARQUES. — No del todo, porque voy á presentarme á ella al instante. Si en España es la misma que en la córte de Enrique, hallaré franqueado su corazon; ¿ podré leer en sus ojos alguna esperanza para Cárlos ? ¿ la encontraré dispuesta á tal entrevista ? ¿ podremos alejar de su lado á las damas ?

CARLOS. — Casi todas me son adictas y en particular la de Mondejar que me he atraido, protegiendo á su hijo, que me sirve de paje.

MARQUES. — Tanto mejor; quedaos cerca de aquí, Príncipe, para salir á la primera señal que os haga.

CARLOS. — Sí, sí; esto haré. Sólo te ruego que te apresures.

MARQUES. — No perderé un solo instante; Príncipe, hasta luego. (*Ambos salen por opuesto lado.*)

ESCENA III.

La córte de la Reina en Aranjuez. Sitio campestre, cruzado por un camino que conduce á la habitacion de la Reina.

LA REINA, — la DUQUESA DE OLIVARES, — la PRINCESA DE ÉBOLI, — la MARQUESA DE MONDEJAR, llegan por el camino.

LA REINA. — (*A la Marquesa.*) Marquesa, os deseo junto á mí. La alegría de la Princesa me excita desde esta mañana... observad que apenas puede ocultar el júbilo que le causa dejar el campo.

PRINCESA. — No me es posible negar á la Reina que será para mí un gran gozo ver de nuevo á Madrid.

MONDÉJAR. — ¿ No siente lo mismo V. M. ? ¿ tanta será la pena que le cause salir de Aranjuez ?

REINA. — Sentiré al menos abandonar este bello sitio, porque me hallo en él como en mi centro, y es para mí la morada predilecta. Hallo aquí la naturaleza de mi tierra natal, que hizo las delicias de mi juventud y los juegos de mi infancia, y el ambiente de mi Francia querida. No me reprocheis esta predileccion; la patria tiene siempre mil atractivos á nuestros ojos.

PRINCESA. — Pero ¡ cuán solitario es este lugar; qué aspecto tan triste y muerto! Se diria que nos hallamos en la Trapa.

REINA. — A mí, por el contrario, me parece muerto Madrid... Pero ¿ qué dice á esto la Duquesa ?

OLIVARES. — Mi opinion es, señora, que desde que hay reyes en España, ha sido siempre costumbre pasar un mes aquí, otro en el Pardo, y el invierno en la córte.

REINA. — Sí, Duquesa, ya sabeis que con vos no discuto jamas.

MONDÉJAR. — ¡ Y qué animacion la de Madrid muy en breve! Ya se ha dispuesto la Plaza Mayor para una corrida de toros y se nos ha prometido un auto de fe.

REINA. — ¡ Prometido !... ¿ Mi bondadosa amiga es la que habla así ?

MONDÉJAR. — ¿ Y por qué no ?... son herejes los que vemos quemar...

REINA. — Supongo que la Princesa de Éboli opina de otro modo.

PRINCESA. — ¿ Yo ?... Ruego á V. M. que no me tenga por menos buena cristiana que la Marquesa de Mondéjar.

REINA. — ¡ Dios mio !... ¡ olvidaba donde me hallo !... Hablemos de otra cosa... hablábamos, segun creo, del del campo... Este mes me ha parecido extrordinariamente breve; esperaba divertirme mucho, mucho, y

no ha sido como esperaba... ¿ Sucederá lo mismo con cada esperanza ? No puedo atinar, sin embargo, con el deseo que no he visto satisfecho.

OLIVARES. — Princesa de Éboli, no nos habeis dicho todavía si Gomez puede esperar, ni si podremos saludaros como su prometida.

REINA. — Mil gracias, Duquesa, por haberme recordado este asunto. (*A la Princesa.*) Me han rogado que os hablara en su favor, pero ¿ cómo hacerlo si el hombre que quisierá ceder en recompensa á mi cara Princesa de Éboli, debe ser digno de ella ?

OLIVARES. — Lo es, señora; es un hombre respetable, conocido de nuestro augusto soberano, y honrado con su favor.

REINA. — Lo cual hará, sin duda, su felicidad.... pero quisiéramos saber si es capaz de amar y si merece ser amado... Princesa, os lo pregunto...

PRINCESA. — (*Permanece silenciosa y confusa, con los ojos clavados en el suelo; por fin cae á los piés de la Reina.*) ¡ Oh Reina clemente! tenèd piedad de mí, no me dejeis en nombre del cielo; no permitais que sea sacrificada...

REINA. — ¡ Sacrificada !... Esto me basta: alzad. Penosa suerte la de la mujer sacrificada; os creo; alzad... ¿ Hace mucho que rechazais las ofertas del Conde ?

PRINCESA. — (*Levantándose.*)—Muchos meses; el príncipe Cárlos se hallaba todavía en la Universidad.

REINA. — (*Sorprendida, y con mirada penetrante.*) ¿ Y habeis examinado los motivos que teniais para hacerlo?

PRINCESA. — Esta union no puede realizarse, señora, no... por mil motivos...

REINA. — (*Con mucha gravedad.*) — Más de uno es ya demasiado si no puede agradaros... basta para mí; no hablemos más de ello... (*A las otras damas.*) Hoy no he visto todavía á la Infanta, mi hija; Marquesa, traédmela...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

OLIVARES. — (*Mira su reloj.*) No es la hora todavía, señora...

REINA. — ¿No es la hora de que se me permita ser madre?... Triste cosa es; pero no olvideis recordármelo cuando suene la hora... (*Un paje entra y habla en voz baja á la de Olivares, qne se acerca á la Reina.*)

OLIVARES. — Señora, el Marqués de Posa.

REINA. — ¿De Posa?

OLIVARES. — Llega de Francia y los Países-Bajos, y solicita el favor de poner en manos de V. M. las cartas que trae de la Reina madre.

REINA. — ¿Es permitido esto?

OLIVARES. — (*Reflexionando.*) — En mis instrucciones no se halla previsto el caso particular de que un grande de España, llegado de una córte extranjera, venga á presentar unas cartas á la Reina en sus jardines.

REINA. — Quiero recibirle, pues, á mi riesgo.

OLIVARES. — Pero V. M. permitirá que me aleje durante la audiencia.

REINA. — Haced lo que gusteis, Duquesa.

ESCENA IV.

La REINA. — La PRINCESA. — La DE MONDÉJAR.
El MARQUES DE POSA.

REINA. — Bien venido seais, caballero, á tierra de España...

MARQUES. — Jamás la llamé mi patria con más legítimo orgullo...

REINA. (*A las dos damas.*) — El Marqués de Posa que, en el torneo de Reims, rompió una lanza con mi padre, é hizo triunfar por tres veces mi divisa. El primer hombre de su nacion que me dió á comprender cuánta gloria alcanzaba con ser reina de España. (*Dirigiéndose al Marqués.*) Cuando nos vimos por última vez en el

Louvre, caballero, no presumisteis, sin duda, que un dia me veriais en Castilla.

MARQUES. — No, señora; no presumí entonces que Francia nos concediera lo único que podíamos envidiarle.

REINA. — Orgulloso español, ¿lo único? ¿y esto decís á una hija de la casa de Valois?

MARQUES. — Oso decirlo, señora, porque ahora sois nuestra.

REINA. — Dicen que vuestros viajes os han conducido á Francia... ¿qué me traeis de mi venerable madre y de mis queridos hermanos?

MARQUES. — (*Presentándole las cartas.*) Hallé enferma á vuestra madre, desligada de toda felicidad terrena, si no es la de ver dichosa á su hija en el trono español.

REINA. — ¿No he de serlo á mi vez, sabiendo que acompaña mi recuerdo á tan caros parientes? ¿No han de hacerme dichosa tan dulces memorias? Habeis visitado muchas capitales, caballero, habeis visto muchos países y observado diversas costumbres, y dícenme, sin embargo, que ahora resolveis vivir para vos, en vuestra patria, más feliz príncipe en vuestro tranquilo palacio, que el rey Felipe en su trono... Hombre libre... filósofo... dudo mucho que Madrid os complazca... se goza en Madrid de una tranquilidad...

MARQUES. — Dicha que no posee el resto de Europa.

REINA. — Á lo que se dice, pues por mi parte he perdido hasta el recuerdo de lo que pasa en el mundo. (*Á la Princesa.*) Me parece, Princesa, que veo allí un jacinto... Hacedme el favor de traérmelo. (*La Princesa va á donde le indica la Reina; ésta, en voz baja, al Marques.*) Ó yo me engaño, caballero, ó vuestra llegada ha colmado de gozo á más de uno...

MARQUES. — Hallé sumido en la tristeza á quien una sola cosa podria alegrar en este mundo. (*La Princesa vuelve con la flor.*)

PRINCESA. — Puesto que este caballero visitó tantos países, forzosamente traerá algo que contarnos digno de interes.

MARQUES. — Es sabido que uno de los deberes de los caballeros es buscar las aventuras... El más sagrado de todos, defender á las damas.

MONDÉJAR. — ¿Contra los gigantes? En el dia no existen ya...

MARQUES. — La violencia es siempre para el débil un gigante...

REINA. — Tiene razon el Marques; existen todavía los gigantes, pero no existen ya los caballeros...

MARQUES. — Ultimamente, á mi vuelta de Nápoles, fuí testigo de una conmovedora historia que hice mia como legado de la amistad, y sino temiera fatigar á la Reina...

REINA. — ¿Podria titubear un instante? La Princesa no rehusa nada á su curiosidad, y por mi parte gusto tambien de las aventuras.

MARQUES. — Dos nobles familias de la Mirándola, fatigadas de su mútua envidia y largas enemistades, que heredaron por algunos siglos desde la época de los Güelfos y Gibelinos, resolvieron hacer las paces para siempre, contrayendo lazos de parentesco. Fernando, sobrino del poderoso Pedro, y la divina Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos para formar el lazo de esta union. Nunca hasta entonces la naturaleza habia formado dos nobles corazones más propios el uno para el otro, ni el mundo aplaudió jamas eleccion más acertada. Fernando, sólo por retrato habia adorado á su amante; ¡cuánto temia que la realidad desmintiera la copia! porque en su ardiente amor, apenas osaba creer que tal realidad pudiese existir. Detenido por sus estudios en Pádua... ¡con qué impaciencia esperaba el feliz momento de balbucear al pié de Matilde la primera declaracion de amor!

(*Crece la atencion de la Reina. El Marques, despues de breve pausa continúa su relato que dirige á la Princesa de Éboli, en cuanto lo permite la presencia de la Reina.*) En esto enviuda Pedro. Con el ardor de su pasada juventud, presta oidos á la fama que celebra por donde quiera la belleza de Matilde; acude, mira, ama, y esta nueva pasion sofoca en su ánimo el débil acento del parentesco. El tio pide la mano de la prometida de su sobrino y la lleva al altar.

REINA. — ¿Y qué hace Fernando?

MARQUES. — Ignorante de tan terrible mudanza, vuela ébrio de impaciencia y en alas del amor á la Mirándola; su veloz caballo llega á la puerta de la ciudad, entrada la noche. Hiere su oido el rumor extraordinario del baile y la música, que resuena en el iluminado palacio. Con paso vacilante y sobrecogido de terror, vedle, desconocido de todos, en la sala de bodas, donde entre alegres convidados, halla á Pedro junto á un ángel de belleza; un ángel que Fernando conoce, que no soñó jamas tan radiante de hermosura. De una sola ojeada comprende cuánto era el valor de lo que poseía, de lo que acaba de perder para siempre.

PRINCESA. — ¡Desgraciado!

REINA. — Así termina la historia, caballero, así termina sin duda.

MARQUES. — No del todo.

REINA. — Habiais dicho que Fernando era vuestro amigo.

MARQUES. — Y el más querido de mi alma.

PRINCESA. — Continuad vuestro relato, caballero.

MARQUES. — Es muy triste, y este recuerdo renueva mi dolor; permitid que lo dé por terminado. (*Silencio general.*)

REINA. — (*Á la Princesa.*) ¿Me será permitido, por fin, besar á mi hija?... Princesa, traédmela. (*La Princesa sale. El Marques hace una seña á un paje que espera*

en el fondo y desaparece luego. La Reina abre las cartas que el Marques le ha entregado, y parece sorprendida; entre tanto el Marques habla en voz baja y con precipitacion á la Marquesa de Mondéjar. La Reina despues de haber leido las cartas, dirige al Marques una mirada penetrante.) Nada nos habeis dicho de Matilde; tal vez ignora cuánto padece Fernando.

MARQUES. — Nadie ha sondeado aún el corazon de Matilde... Un alma grande sufre en silencio.

REINA. — ¿Por qué mirais en torno vuestro?... ¿qué buscais?

MARQUES. — Estaba pensando cuán dichoso seria en mi lugar, álguien que no me atrevo á nombraros.

REINA. — ¿Quién tiene la culpa?

MARQUES. — (*Con viveza.*) ¡Cómo!... ¿Puedo interpretar estas palabras conforme á mi deseo?... ¿Seria perdonada su presencia en este instante?

REINA. — (*Sobresaltada.*) ¡En este instante... Marques... en este instante!... ¿Qué quereis decirme?

MARQUES. — Osaria esperar... osaria esperar...

REINA. — (*Con sobresalto creciente.*) Me asustais, Marques... él no intentará...

MARQUES. — Vedle aquí.

ESCENA V.

LA REINA. — CÁRLOS.

El Marqués de Posa y la Marquesa de Mondéjar se retiran hácia el fondo.

CARLOS. — (*Arrojándose á los piés de la Reina.*) Llegó por fin el instante de que Cárlos se atreva á estrechar esta mano querida.

REINA. — ¡Qué paso habeis dado!... ¡Qué temeraria

y culpable sorpresa! Alzad; nos miran; muy cerca de mí se halla mi séquito.

CARLOS. — No me levantaré; quiero permanecer eternamente de hinojos, y por arte de encantamiento echar raíces en esta posicion.

REINA. — ¡Insensato!.. ¡A qué osadía os conduce mi indulgencia!... ¡Cómo... Ignorais que este lenguaje temerario se dirige á una Reina, á una madre: ignorais que yo misma debo decir al Rey...

CARLOS. — ¿Y que yo he de morir? Arrástrenme de aquí para el cadalso. ¡Un momento de dicha en el paraíso no se paga con la vida!

REINA. — ¿Y vuestra Reina?

CARLOS. — (*Se levanta.*) ¡Dios mio!... me retiro... os dejo... debo hacerlo, puesto que lo exigís... ¡Madre mia! ¡madre mia! ¡cómo jugais conmigo! De una seña, de una mirada, de una palabra de vuestros labios depende mi vida ó mi muerte... ¿Qué más puede ocurrir? ¿Qué habrá bajo el sol para sacrificar á vuestro amor, si así lo deseais?

REINA. — ¡Salid!

CARLOS. — ¡Oh, Dios!

REINA. — Es lo único que os pido con llanto en los ojos; salid, antes que mis damas, mis carceleros me sorprendan con vos, y lleven la noticia á oidos del Rey...

CARLOS. — Aguardo mi destino, ya sea la vida, ya la muerte. ¿Pues qué?... ¿Habré concentrado todas mis esperanzas en este único instante para que infundado temor me arrebate la realizacion de mi intento? No, Reina. Cien vueltas, mil vueltas puede dar el mundo sobre su eje, antes que la suerte me conceda de nuevo este favor.

REINA. — Que por toda la eternidad no debe repetirse... ¡Desdichado! ¿Qué pretendeis de mí?

CARLOS. — ¡Oh, Reina!... Pongo á Dios por testigo